

400840
MADE IN SPAIN

SERMON

QUE EN EL ANIVERSARIO
DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL

DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 2 DE ENERO DE 1868,

EL DOCTOR D. SERVANDO ARBOLÍ,

CAPELLAN DE HONOR DE S. M.

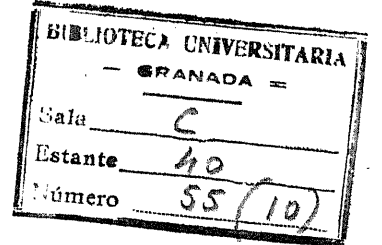
REYES CATÓLICOS DE LA MISMA, CABALLERO CAPELLAN

DE LA REAL MAESTRANZA,

Y LICENCIADO DE PATROLOGÍA, HISTORIA Y DISCIPLINA

ECLISIÁSTICA EN EL REAL SEMINARIO CENTRAL

DE SAN CECILIO, ETC.



Impreso por acuerdo
y á expensas del Excmo. Ayuntamiento,
con licencia de la Autoridad Eccla.

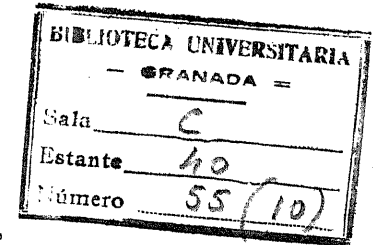
GRANADA.
IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,
Impresor de SS. MM.
1868.

SERMON
QUE EN EL ANIVERSARIO
DE LA
CONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ
EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL
DE ESTA CIUDAD,
EL DIA 2 DE ENERO DE 1868.

EL DOCTOR D. SERVANDO ARBOLÍ,
CAPELLAN DE HONOR DE S. M.
EN LA DE REYES CATÓLICOS DE LA MISMA, CABALLERO CAPELLAN
DE LA REAL MAESTRANZA,
Y CATEDRÁTICO DE PATROLOGÍA, HISTORIA Y DISCIPLINA
ECLESIAÍSTICA EN EL REAL SEMINARIO CENTRAL
DE SAN CECILIO, ETC.

Impreso por acuerdo
y á expensas del Excmo. Ayuntamiento,
con licencia de la Autoridad Ecclá.



GRANADA.
IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,
Impresor de SS. MM.
1868.

Introduces eos et plantabis in monte hæreditatis tuæ,
firmissimo habitaculo tuo quod operatus es, Domine:
sanctuarium tuum, Domine, quod firmaverunt manus
tuæ.

(Exod. XV. 17.)

*Los introducirás y los plantarás en el monte de tu he-
redad, firmísima morada tuya que has labrado, Señor:
en tu santuario, Señor, que afirmaron tus manos.*

EXCMOS. SRES. .

UNA y mil veces dichoso este día de nuestras glorias, monumen-
to de la Religion, emblema del mas puro y noble patriotismo; día
en que podemos admirar preciosamente enlazados el lábaro de
la fe con el laurel de la victoria, el triunfo de la Religion con
la preciada enseña de la patria; día en que nos es dado contem-
plar la poderosa accion del Cristianismo, para ofrecer á las na-
ciones los títulos de su altivez, y el legado honroso de su inde-
pendencia.

Cantad, hijas de Jerusalem, un himno de paz y de alegría; pasead la oliva venturosa por las calles de Sion; quemad en el propiciatorio los granos de aromático incienso, porque ya enmudece para siempre el grosero acento de Amalec, y las tiendas de Jacob aparecen hermosas y brillantes en el día del regocijo. El Señor ha introducido á su pueblo y lo ha plantado en el monte de su herencia, en la morada firmísima y en aquehsan-

tuario de su amor que labraron sus divinas manos.—*Introduces eos et plantabis*, etc.

¿No es verdad que hoy mismo, al recuerdo de una victoria que señaló el comienzo de nuestra cultura, repetimos este cántico eucarístico? ¿No es cierto que aquella fecha memorable pasará en voz de bendición á las generaciones futuras, recogiendo nuevos laureles en la gratitud y entusiasmo de los hijos de la católica España? La conquista de Granada es el fausto acontecimiento que registran nuestros anales, sin que en él se descubra la mas ligera sombra que pueda empañar su brillo; porque la fe y el patriotismo, la religion y la nobleza, son los únicos elementos que entran á componerlo; y como ellos son eternos, eterno será tambien el renombre de su triunfo. Volved la vista á ese hermoso pabellon de la nobilísima Hesperia; contemplad su rica historia, y seguidlo en la marcha de los siglos, desde la cueva de Pelayo hasta las torres de la Alhambra. Es la herencia de Recaredo y el patrimonio de un pueblo numeroso. Pero ¡qué digo! ¿no veis escritas en él con caractéres indelebles las promesas del Señor? ¿no os parece que el leon ha sacudido su melena para presentar en cada garra un mundo al cristianismo? He aquí el sublime asunto en que debemos fijar hoy nuestras miradas, porque nada mas digno ni elevado, nada mas interesante ni mas grande, que el desarrollo simultáneo y progresivo de la accion católica, en su misteriosa fusion con todos los elementos sociales.

Exemos. Sres. : el siglo XIX, que ha venido aglomerando en su seno los absurdos y quimeras de las edades anteriores, tiene un código nefando en que se consignan dos leyes; á saber: la negacion de Jesucristo en el orden religioso, la negacion de Jesucristo en el orden social. Á Jesucristo en el orden religioso, ha sustituido su crítica individual, hija legítima del Protestantismo, traída en brazos del orgullo á las edades modernas. Á Jesucristo en el orden social, pretende sustituir la emancipacion de la autoridad de la Iglesia, el completo autoteismo del poder humano, que hoy se retrata en las negras fases de las combinaciones políticas. *Religion sin Jesucristo; sociedad sin Jesucristo:*

tal es el sistema de los modernos filósofos. Opongámosle, si quier sea por un momento, la victoriosa refutacion que suministran los anales de nuestra misma patria. En ellos se consig-nan esos principios regeneradores que vienen siendo, hace diez y nueve siglos, propiedad exclusiva del santuario cristiano. Mientras profiere el filosofismo sus dos terribles negaciones, conmoviendo los cimientos de los antiguos dogmas, la historia, convertida en severa apologista, vierte una luz inmensa sobre dos tesis regeneradoras: el reino de Jesús en el orden religioso; el reino de Jesús en el corazon de las sociedades. Contrayéndonos al hecho gloriosísimo de la conquista de Granada, vamos á notar en él la aglomeracion de todos los elementos sociales, sirviendo al desarrollo de la accion católica, mientras que á su vez, esta misma accion católica afianza y robustece el simultáneo desarrollo de todos los elementos sociales; ó lo que es lo mismo, la historia sirviendo á la religion; la religion sirviendo á la historia. Es, pues, la conquista del último baluarte de los infieles, *obra de la Providencia Divina, disponiendo el reino de Jesucristo en el triunfo de la fe; obra de la Providencia Divina, preparando el reino de Jesucristo en el triunfo de la patria*. Católicos, celebramos una preclara victoria del cristianismo: todo, por lo tanto, corresponde al autor y consumidor de esa fe que se rubricó con su sangre sobre la cima del Gólgota. Suyo es el poder religioso; suyo el poder social. La bella manifestacion de entrambos es el resultado inmediato de la conquista. He descubierto el plan de mi discurso.

Imploremos los auxilios de la Divina gracia, por la intercesion poderosa de la Inmaculada Virgen María, á quien reverentes saludaremos, diciéndola:—*Dios te salve*, etc.

I.

Dos sistemas se disputan, en el campo del saber, el dominio de los acontecimientos históricos; dos distintos criterios que marcan y distinguen á dos clases de filosofía; el catolicismo invocando el dogma de la Providencia, el doctrinarismo alemán, haciendo intervenir una fuerza motora que no toma su origen en el orden sobrenatural. La filosofía de la historia es para el pensador católico el desarrollo de un pensamiento divino, y para el filósofo ecléctico el resultado de combinaciones humanas. El cristianismo ha santificado la historia, revistiendo al hombre de un carácter eminentemente religioso: el filosofismo renunció aquella tan gloriosa tarea, sin permitir á la inteligencia que respirase el suave aroma de los cielos. El inmortal Bossuet reveló en obra singular del genio, preciosa margarita de la literatura (1), el designio del Señor sobre los imperios y los reinos; los sábios han aceptado sus magníficas soluciones, y con ellas solamente puede satisfacerse la ciencia en la filosófica apreciación de los hechos. Sin Dios, no hay filosofía para la historia, como tampoco la hay para la inteligencia. En vano busca la incredulidad sistemática un resorte que sustituir á aquella poderosa palanca. Sus pensamientos se desvanecen, y los anillos de la gran cadena de los acontecimientos se acumulan sobre ella, agobiándola con su enorme peso.

Abrid los grandes libros de la humanidad, y romped los fuertes sellos que los protegen: vereis hermanadas siempre la esencia de la religion con el progreso de los pueblos. Las mas antiguas formas de gobierno son aquellas en que el elemento teocrático, tan mal comprendido por pensadores modernos, es el móvil del poder. Lo mismo la China con sus tradiciones, que la

India con sus Brahmanes, que el Egipto con sus magos, y la Persia con sus sacerdotes, todos los antiguos pueblos representan las ideas religiosas presidiendo á los hechos, imprimiéndoles un carácter que no ha podido borrarse todavía en la sucesión de los siglos; y para estudiar el anticuario las ruinas de esas naciones, otro tiempo florecientes, no podrá dar paso acertado sin preguntar antes por el principio religioso que dominó aquellas comarcas. La religion sirvió siempre á la historia, determinó los adelantos, preparó y consagró las victorias, aseguró la civilizacion; así como la civilizacion, los triunfos y los adelantos sirvieron á la idea religiosa, para desarrollarla en medio de la sociedad y descubrir el misterioso arcano de los designios de la Providencia. Cada siglo, cada año y cada hecho fueron una nueva revelacion del inmenso poder que todo lo gobierna. Hasta el paganismo en sus fábulas, hasta las mitologías griega y romana, impregnadas de delirios, reflejan el mismo pensamiento. El furor de Juno vengativa es la sombra que persigue al infortunado Troyano; y para pintar el poeta las desgracias de Priamo, no puede expresar mejor su sentimiento, que diciendo no habian perdonado los vencedores ni aun el altar del sacrificio, ni al mismo sacerdote, coronado con la sagrada mitra de Apolo. Un héroe salvado del furor Argivo será el fundador de un gran pueblo: este pueblo se llamará mas tarde la Señora del Universo; y ¿por qué? preguntadlo á sus poetas, á sus oradores, á sus cónsules, á sus Tarquinos lo mismo que á sus Tulios, porque Júpiter Capitolino la defiende y es el que preside los sucesos.

Defendiendo la religion el dogma de la Providencia en la historia, no hace mas que consagrar las aspiraciones del mundo. ¿Y cómo dejaría de hacerlo, ella que vió á todos los pueblos de la tierra postrados ante la imágen de la idea evangélica, y pudo descubrir en el fondo del cristianismo el centro de todos los suspiros de la humanidad? ¿Cómo no, si observando los hechos históricos en perfecta armonía con aquellas aspiraciones y tendencias, pudo admirar á los Asirios y Babilonios suscitados por Dios para castigar al pueblo de Israel, á los Persas para resta-

blecerlo, á Alejandro para brindarle proteccion, á Antioco para probarlo, á los Romanos para asegurar su libertad contra las invasiones de la Siria? ¿Cómo no, cuando mas tarde esa misma segunda Babilonia prepara el asiento del cristianismo, sirve á la extension del reino del Mesías y toma á su cargo la mision de castigar á la adúltera sinagoga? ¿Cómo no, cuando Roma cede luego el Capitolio al pescador de Galilea, y se establece un nuevo imperio sobre los escombros del cesarismo? ¿Cómo no... cuando en nuestra misma Península, una guerra contra el invasor del desierto no hace mas que disponer el triunfo de la religion?

Contraigámonos al gran asunto que nos embarga en estos instantes. Él nos aguarda para corroborar la misma idea. Viene la fiera de la Libia á castigar los crímenes de una ilustre dinastía, porque ha pasado el tiempo de Recaredo; y la fe de Cecilio y de Indalecio, esa fe que robustecen los concilios de la antigua Iliberis, y sella con su sangre el noble Hermenegildo, comienza á vacilar en esta tierra consagrada en la aurora misma de la predicacion apostólica. Carcomido el cetro de los godos, y debilitada la fuerza de su imperio, no puede menos de dar el ¡ay! supremo en las floridas márgenes del Guadalete, y profanada vilmente la corona de nuestra patria, no halla otro asilo mas seguro que la cueva de una montaña en Asturias. Las ricas perlas de la diadema de Castilla se han perdido entre los sectarios del Coram, y á los acordes ecos del canto al Dios de Sabaoth, han sucedido los ásperos acentos del Ismaelita. La nacion que fuera codiciada de sus primeros dominadores, la que al fenicio hizo olvidar las riquezas de Golconda y Tiro, y al romano presentó rostro mas bello que las riberas encantadas del Arno, es ya cautiva deseada de los soldados del Yémen. Las orillas de Genil y Dauro les hicieron recordar las promesas del Profeta, y no dudaron encontrar en ellas el término de sus anhelos. En vano, una dominacion dulce y apacible, hija mas bien de la molicie que de la bondad nativa de ese pueblo, regalará á la historia un período brillantísimo en la corte de los Abderramenes. Búscase en vano una alianza imposible entre dos pueblos de distinta religion y

diversas costumbres. Sus elementos heterogéneos chocan de continuo impelidos por leyes invencibles; y ya sea el árabe culto y bondadoso, ya el moro bárbaro y severo; ora sea la época de esplendor y brillo para la ciencia, ora vengan los almohades á desarraigar la cultura que habian sembrado los almoravides, siempre clama el genio patrio, siempre gime entre cadenas la libertad de una nacion condenada al despotismo de extraños dominadores; y pobre y despreciada, pero con fe en el corazon y heroismo en sus robustos brazos, comienza en Covadonga la grande obra de la reconquista. ¡Oh religion, madre dulcísima! tú das el primer impulso, para que hoy se adquiriera por tu desnudo lo que mañana servirá para tu gloria.

Viviendo en el claro día de la verdad revelada, apenas podemos comprender el ascendiente inmenso del fanatismo. Es, Señores, el mas temible de los adversarios, porque forja sus armas en el mas profundo de los sentimientos. La ardiente imaginacion del hijo de Ismael lanza el rayo de anatema contra los ídolos de Kaab, se apodera de las tradiciones de Moisés y del padre de los creyentes, madura su energia en la soledad, y sale despues de su caverna, llevando la espada en una mano y los sueños en la otra. El Oriente se conmueve, las abrasadas arenas del desierto se agitan impelidas por sopro inusitado, el árabe se fascina y corre en pos de un nuevo cielo, que ha descubierto, como ilusion llena de encantos, en medio de sus peregrinaciones. Comarcas florecientes caen bajo el yugo opresor de los sectarios. Un paso mas, y llamarán con orgullo á las puertas de la ciudad de Constantino; otro paso, y quizá amanezca el mundo ahrojado en bárbara cadena. Pero ¿y no encontraron nuestros padres á esa raza infiel en las Navas, en Clavijo, en cien combates? Allí se trabó una lucha entre la barbarie islamita y la cultura del cristianismo; allí peleó aguerrido el fiel creyente contra el fanático sarraceno; allí se firmó el decreto de proscripcion y exterminio para un pueblo incircunciso, y al llegar á los muros de Granada para coronar el triunfo de la fe, cumplieron nuestros hidalgos la ley de su rica historia y el honroso testamento de sus mayores.

Émula de las ciudades de Oriente, dormía tranquila Granada sobre la blanda alfombra de su vega. De ella dijeron sus poetas (2) que era la corte del mundo y la madre de los pueblos. Mas feliz y deliciosa que Damasco, dominaba sobre la verde llanura, y sentada en la falda de una sierra, veía sin estremecerse las perpétuas nieves que se cuajan sobre sus cumbres. Su seno palpitante era movido por vientos aromados, trayendo la esperanza del Paraíso para todos los que creían en las promesas. Sus ríos se deslizaban desde los collados, con ímpetu semejante al de los peregrinos que bajan de Arafat. Sus soberbios alcázares y sus catorce mil torres resplandecían á través de las arboledas, que se agrupaban en su alrededor, como estrellas de plata sobre un cielo de esmeralda. Granada no puede tener rival ninguna, ni en el Irac, ni en el Egipto, ni en la Siria. La brisa de la mañana la saluda un lecho de vistosas flores, y el crepúsculo de la tarde presagia la dulzura de sus velados misterios. Enriquecida por cien reyes, ha creído llevar sobre su frente la bendición del Profeta; y olvidada del peligro, duérmese tranquila al murmullo de sus aguas y al canto de sus ruiñesores. Pero no, que no es ese tu destino, Sultana del Andalucía; presa y cautiva en un harem delicioso no conoces tu desgracia, hasta que venga á despertarte el nuevo sol de Justicia. Sacude ese tu sueño de muerte, porque ya pulsa á tus umbrales la civilización, la vida, la verdadera cultura, y la no fingida delicia. *Excutere de pulvere, consurge; sede Jerusalem; solve vincula colli tui, captiva filia Sion* (3).

El Señor no se ha olvidado de su heredad. Nada importa que el jabalí de la selva exterminara la viña y que la fiera singular del desierto haya pastado en ella (4). Esos siete siglos y medio de dominación en la Península, no son mas que el momentáneo castigo que Dios envía á su pueblo: *In momento indignationis averti faciem meam parumper á te*: pero llegado el tiempo que marcó en sus eternos decretos, viene á visitarle la misericordia: *et in misericordia sempiterna misertus sum tui* (5). Ya escucho los cánticos sagrados entre el helicoso estruendo del combate. Hablad, valerosos guerreros, y decidnos, cuál era entonces el es-

piritu que os animaba: revelad á vuestros hijos el secreto de las conquistas. Dos mundos no bastaron á contener el peso de vuestra gloria, y hoy tampoco es suficiente nuestro pecho para sentir los afectos que inspira tanto desnudo. Cristianos, no profanemos nunca esos recuerdos, midiendo aquellos gigantes de poder con la medida de las fuerzas humanas: devolvamos á la religión lo que hoy reclama de nosotros, y digamos al Señor con el acento de un rey cortado por su espíritu: «En tí esperaron nuestros padres, esperaron y los libraste.» *In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos* (6).

El poder de Jesucristo no reconoce término ni medida. Comienza en la aurora de la eternidad, y se perpetúa por tiempos infinitos y se extiende por espacios inconmensurables. El poder de los Brahmanes espira á los pies del Himalaya: el de Boudha no ha osado traspasar las montañas escarpadas del Tibet: el de Mahoma no se extiende mas allá de la raza que mecía su cuna; pero el del Salvador ¡ah! de él está dicho que dominará de mar á mar (7), que su herencia es el Universo (8); Isaías ha vaticinado su imperio, ordenando á la Iglesia *que extienda sus cordones* (9), *que penetre á derecha y á izquierda, porque su semilla heredará á las gentes*. Este poder del Hijo del hombre, parece ser la ley de los grandes acontecimientos históricos. Á él sirvieron lo mismo la cuchilla del perseguidor que el lábaro de la protección y tolerancia. Diocleciano cooperó lo mismo que Constantino. Los Emperadores y los Pontífices ostentaron el signo de la paz revelada al mundo: Carlo Magno adivinó la suerte y los destinos de Europa: Gregorio VII brilló en noche tenebrosa y regaló al continente principios que no debiera olvidar nunca. Todos, empero, han servido para el reino espiritual de Jesús, y cuando el trono del Amalecita se inclinaba en el ocaso para perderse en la eternidad, lució sobre el horizonte una estrella, ondeaba un estandarte sobre los minaretes de un palacio, y hendía los aires un cántico armonioso. Eran la luz de la fe, el lábaro de la redención, y el himno de acción de gracias.

Día 2 de Enero del año 1492 ¿por qué no vivirás aun en la



memoria de los hijos de la hija ilustre de Tubal? ¿Habrá de peccer tu recuerdo entre la ingrata vocería de las pasiones y de los partidos? En tí vimos terminada la obra de nuestros padres, alcanzada la unidad religiosa, restablecido el culto del Señor, y libre otra vez con la hermosa libertad de Cristo la conciencia de la amada patria. En tí pudimos repetir, «desde un leño reinó Dios,» *regnabit á ligno Deus* (10). En tí fué tanto mayor la gloria de los monarcas católicos, cuanto mas simbolizaban en sus triunfos el poder del Príncipe supremo. Vedlos, que salen del fondo de soberbias tumbas, envueltos en el fúnebre sudario que vela sus destinos, y se adelantan á nosotros para decirnos con voz conmovedora: ¿Sois acaso los descendientes de tan ilustres guerreros? Nuestra corona y nuestra espada son monumentos gloriosos que guarda en su tesoro la Iglesia: ¿qué habeis hecho de la fe que os adquirimos y de la rica herencia que os legamos?

«Quiso el Señor que reinásemos en estos reinos, para algun servicio suyo» (11). Así se expresaba el católico Fernando en época triste de su vida; pero estas inmortales palabras traen á nuestra memoria los importantes servicios prestados á la religion por la toma de Granada. Dividida antes la Península en cuatro monarquías, y ocupado por el usurpador sarraceno este último y grandioso baluarte, era de todo punto imposible la reconstruccion del principio religioso sobre bases sólidas y estables. Los esfuerzos del catolicismo se habian hecho sentir, sin duda alguna, en las luchas obligadas del espíritu cristiano contra una secta fanática. La inocente sangre de Columba y de Leonisia, y la de Eulogio, San Martín y San Bernardo, habia sellado el testamento de la fe en medio de las persecuciones de Abderrahman y de Mohammed I. No habian faltado sábios y celosos obispos, ni valientes escritores, ni apóstoles denodados que, en las mismas calles de Granada, se atrevieran á predicar en el año 1597 la religion verdadera, recibiendo en premio la corona del martirio. El ideal sublime de la fe triunfaba por do quiera. Á ella se entonaban canciones, se consagraban las primicias de la patria literatura, y se alzaban edificios de nuevos

pueblos. Mas solo en la feliz union de dos coronas, y cuando el signo de la Cruz del cardenal Mendoza se enarboló en las torres de la Alhambra, llegó á verse cumplida la obra del cristianismo. Sin esta gloriosa empresa, no hubiera podido regalarse á España su joya mas preciosa, la unidad católica. Sin la conquista de Granada no comprendemos ni á Talavera ni á Cisneros. Sin la conquista de Granada no es posible preparar la época de Carlos V, ni los gloriosos tiempos de Felipe el Prudente, en que, valiéndome de la expresion de un célebre poeta, «*Desde el mar de Luso á la Junquera hubo un cetro, un altar, una bandera*» (12).

El tribunal de la fe, tan maltratado por la crítica pseudo-erudita del siglo XVIII, como solemnemente vengado en los últimos estudios del nuestro, impedirá las conmovedoras escenas que ofrecieron las guerras religiosas á Francia, Alemania y Bohemia. Sí, católicos, esas fingidas y ponderadas hogueras apagaron el voraz incendio de la naciente heregía; á su luz, brilló radiante de gloria la hermosa libertad de conciencia. Entonces se avaloró con mas nobleza el propio yo, cuando ni la violencia de las pasiones, ni la predicacion impune del error ofendian al espíritu, ultrajando la fe divina de Cristo. Temed mucho por los derechos individuales del hombre, por sus mas preciosas libertades, aquel dia en que veais pasearse tranquilos por el suelo patrio al propagandista de la impiedad y al hipócrita sicario, envueltos bajo la veneranda toga del filósofo.

La Reforma, esta palabra seductora que arrebató al centro de unidad una gran porcion del mundo en el siglo XVI, constituye el primer cuidado de los monarcas católicos al terminar su conquista. La Iglesia gozó mejores dias, y cortados los abusos que las circunstancias anómalas de los tiempos habian forzosamente engendrado, lucieron con nuevo esplendor las instituciones cristianas: Pero, Señores, no olvidemos nunca que el catolicismo jamás necesitó la iniciativa del poder secular, para devolver su primitivo vigor á la disciplina. Los monarcas no hicieron sino proteger la actitud de los Prelados de España, y allanar los caminos de la pureza y del orden. Ah! Es la Igle-

sia que en Viena, en Letran, en cien concilios, clamó por la reforma y restauró sus cánones, antes que alzara el grito el apóstata de Eisleben. Es la Iglesia, que por la pluma del cardenal Juliano, Gerson, Pedro de Ailli, despertaba de su letargo á los pastores de Israel, haciéndoles adoptar un régimen severo que pusiese fin á los desórdenes. Esta fué tambien su historia en nuestra Península. Regenéranse las costumbres, edificase el espíritu, dictáanse sábias leyes, que muy en breve hacen de España la perla del catolicismo. Granada es la que da principio á esta época gloriosa. Aquí termina el anterior peligro de los intereses cristianos, y ya se aprestan las harpas de Sion para celebrar su victoria.

Pasó la edad tristísima de las heregías de Migecio, Félix y Elipando. La siniestra conducta de alguno de nuestros príncipes, por sus íntimas relaciones con el conde de Tolosa, no tendrá ya imitadores en el pueblo de los Fernandos, Alonsos y Recaredos. La conquista de Granada es el preclaro testimonio de la arraigada fe de nuestros hidalgos, y aparecerán muy luego los felices dias de los Luises, Ávilas, Alcántaras y Teresas. Terminadas las luchas intestinas, será fácil adunar las fuerzas en favor del principio religioso; será posible llevar una valiente escuadra á Lepanto, y favorecer en todos sus conflictos á los Pontífices de Roma. Granada será en todos tiempos la joya del cristianismo. Era ayer la sultana adormecida sobre laureles y plumas; hoy es la vírgen pudorosa que guarda en nítido pecho el fragrante aroma de la fe de Cristo. Siempre la vereis constante y denodada en la confesion de los dogmas, y el ángel de la religion vela su sueño, mientras la regala sus dones el genio del candor y la hermosura.

La ciencia enemiga de la Cruz encontró antes en ella el último refugio, y en la cátedra de sus mezquitas se escuchaban los postreros ecos del fanatismo. Los comentarios del Coram que han creado la literatura teológica de los árabes (13), consagraban, digámoslo así, los mágicos ensueños de sus poetas. Hoy sopla en los pensiles el aire consolador de la gracia; la nueva filosofía religiosa se infiltra en las venas de la sociedad, y en breve llega el

tiempo de los Lainez y Maldonados, los Vazquez y los Suarez. Un período gloriosísimo para la ciencia teológica convierte á España en la maestra de Europa. No preguntéis por la causa de este movimiento científico. Es porque la unidad religiosa, coronada en la gran conquista del reino granadino, inspira los ánimos, mueve la pluma de los doctores y dicta las obras inmortales del genio.

Granada, Granada, tú que viste llegar á las puertas de tu mezquita al mas valiente de Castilla, para esculpir en sus umbrales las palabras de salud reveladas á la Vírgen de Nazareth (14); entonces te se anunciaba el decreto de tu ventura, y Maria llena de gracia se disponia á colmarte de favores. Una y cien veces fortunada te aclamará la historia de la religion, porque aun estabas durmiendo en el lecho de tus ignominias, cuando acarició tu rostro la mas dulce y tierna de las madres. Disponte muy luego á edificarla suntuosos templos: brille en ellos el esplendente genio de Bocanegra y de Cano, y suenen los melodiosos acentos del inmortal Españoleta y del inspirado Palacios.

Ven, dominador dulcísimo de las almas, ven ya á reinar en nuestros corazones, ostentando el inmenso poder que te circunda. Tuyo es el triunfo en el orden del espíritu; sigue tu marcha veloz y acelérate á recoger el fruto de una gran conquista. La hermosura de tu rostro y la belleza de tus eternos esplendores, como verdad infinita, determinan tu poderío. *Specie tua et pulchritudine tua intende, prosperè procede et regna* (15). Todo ha cedido en gloria de la fe y en completa victoria de Jesucristo. No parece sino que los hechos de la humanidad solo tienen la mision de atestiguar su reino, haciendo servir la historia en obsequio del cristianismo. Ahora podremos con sobrado motivo entonar un nuevo cántico, diciendo que el Señor ha introducido al pueblo en el monte de su herencia, posesion suya, tabernáculo santo de su amor.—*Introduces eos et plantabis in monte hereditatis tuæ.*

Veamos ahora cómo sirve la religion á la historia, preparando el poder social del Salvador.



II.

DE muy antiguo los pueblos, obedeciendo á una ley que podemos llamar primer instinto de la naturaleza, fiaron á divinidades tutelares la custodia y defensa de los caros intereses de la patria. El Paladion de Troya, la Minerva de Atenas, la Juno de Cartago, el Marte de Roma, son figuras mitológicas que recuerdan y acreditan en la posteridad la persuasion y patriotismo religioso de las primeras repúblicas del mundo. En el único pueblo donde Dios era conocido, el sentimiento de religion acompaña y preside siempre su historia. No se vadeará el Jordán para llegar á la tierra prometida, sin llevar en hombros de sacerdotes el arca del Testamento, ni los jueces ni los reyes darán un solo paso en el gobierno, sin consultar una y otra vez el oráculo de la Divinidad. Cuando los príncipes olvidan esta máxima, vereis á Saul perder el reino, á Ozías la salud, á Manasés la libertad, á Sedecías la vista; y cuando la nacion conspira contra su libertador y le clava en un madero, las consecuencias inmediatas son ruina, dispersion y servidumbre. Para que las naciones florezcan, será siempre necesario que la religion presida sus acontecimientos.

Ella fué la que deparó el triunfo de nuestra amada patria en la conquista del reino granadino. La mano de la Providencia, que veló sobre los destinos de España, desde que amaneció para el mundo la alborada risueña de la fe, descorió á las puertas de Granada el tupido velo que ocultaba su glorioso porvenir; y al preparar el asiento del cristianismo, disponia junto á él la consolidacion de la monarquía, el trono de la libertad, el móvil del progreso, y los ricos dones de una civilizacion gloriosa y floreciente.

Hubo una mujer augusta que como ilusion peregrina acarició los sueños de la Hesperia en la víspera de su mas glorioso dia. En distinta region, como la Rebeca de Mesopotamia, señalada para el hijo de Abraham, ella y no otra es la destinada por la Providencia para el monarca Fernando. Á ella se debe la formacion de nuestra nacionalidad y la creacion de nuestro espíritu. Los grandes hombres dan el modelo de su siglo, y el tipo de sus respectivos países. Esparta se parece siempre á Licurgo, y Atenas revela en todos tiempos el genio de Solom. Así Grecia con sus Aristides, y Roma con sus Quirinos; así todas las naciones y pueblos; así Europa con Carlo Magno, Francia con Clodoveo, España con Isabel, íris de amor y de esperanza que amaneció en su cielo, tras la oscura noche de la inmoralidad y el desorden. Venid con ella hasta los muros de Granada, y admirareis impresos en su frente el destello de la ciencia, la inspiracion sublime del genio, el sello de la virtud y el aire encantador de la templanza.

Dueños ya nuestros príncipes de toda la Península, podrán fácilmente restringir las inmensas prerogativas de los grandes, que no solo en España, sino en toda Europa, y aun más en los estados del Norte, eran la continua rémora del progreso. Los maestrazgos se incorporan á la corona, se extienden los límites del poder real, y los tribunales ordinarios de justicia suceden á las antiguas exenciones. El príncipe Carlos de Austria y despues el magnánimo Felipe terminaron la obra comenzada, y jamás dejará la crítica imparcial de reconocer en estas medidas una sábia y esquisita prudencia. Historiadores apasionados y movidos de intereses contrarios han querido desfigurarlas, como si el poder absoluto, creado entonces, hubiera concluido para siempre con los nobles derechos del ciudadano. Nada mas opuesto á la verdad histórica: las córtes vuelven á reunirse, no para proveer de subsidios al soberano, como han dicho los de aquel partido adverso, sino para atender al bien de la patria. Así en 1579, en 1615, 1621 y otras que seria muy largo enumerar. Respetemos, pues, el pensamiento del gran Cisneros, y agradezcamos una medida que fijaba para siempre el límite de grandes abusos y continuos sobresaltos.

Mientras que en la vega misma de Granada sonó la hora de la consolidación del poder real en España, y su inmediata consecuencia la unidad política, lanzaba el último suspiro el período brillantísimo de la dominación agarena. Cuando el pincel severo de la historia traza el cuadro de la conquista, duélenos en verdad el desvanecimiento de aquellas dulces ilusiones que nos hiciera concebir la poesía. Los encantos de aquel período caballeresco embelesan nuestro espíritu, las guerras civiles nos distraen con sus variados episodios, la sangre de los abencerrijados nos recuerda la noble altivez de aquellos ilustres proscritos, y las lágrimas de Abú-Abdallá pudieran causarnos pena, si no fuera necesario enjugarlas con la afrenta del nombre cristiano. Pero no hay duda, Excmos. Sres., columnas de filigrana sostenían el inmenso edificio del poder de los musulmanes, y era forzoso que sus luchas intestinas y el repetido ariete de la constancia cristiana viniesen á socavar sus cimientos. El período de admiración y terror para la Europa, desde principios del siglo VIII hasta la caída de Almanzor á fines del siglo X, desapareció como un sueño. Sus victorias se evaporaron como sus ricas esencias; y al despertar del letargo, se hallaron divididos en cien bandos opuestos, que cayeron uno á uno bajo el poder de su invencible adversario. Rivalen sin tregua alguna se disputaban la dominación absoluta, y no podía esperarse otro resultado del establecimiento de pueblos tan diversos. Registrad la historia, y vereis á los egipcios en Béjar y Lisboa, á los Persas en Huete, los Asirios en Granada, los Esclavones en casi todas las ciudades populosas, y los de Damasco y Palestina en Córdoba, Sevilla, Niebla, Medina Sidonia y Aljéiras. El poder de los moros, otro día tan floreciente en Alhaken II, tan temible en Almanzor el Grande, tan rico y muelle en Alhama, jefe de la más ilustre dinastía, tan aguerrido en Jusef, primer caudillo de los Almoravides, quedó, por último, reducido á una línea, que empezando en Málaga, corría por Archidona, Loja y la sierra de Cazorla hasta Lorca, estrechándose más y más por los esfuerzos de los sucesivos reyes de Castilla, desde D. Alfonso el Sábio hasta D. Fernando el Católico (16).

Sonó la hora de la reconquista. El ángel de la religión se deja ver cabalgando en rugientes torbellinos, y arrebatada al musulmán sus más queridos baluartes. La toma de Zahara enciende de nuevo el arrojo de los cristianos, que ya se determinan á vengar tantos desmanes; hase despertado el león furioso de Castilla, y va á lanzarse aguerrido sobre la bella sultana de Occidente. Cruelas divisiones en el recinto de Granada favorecían el asalto de este último refugio, y solo una honrosa capitulación podía impedir los horrores que amenazaban al ismaelita. Abul-Cassen, portador de duras condiciones firmadas en el campamento, no puede contener sus lágrimas al repetir las. El valiente Muza, personificación de la indómita fiereza del desierto, es de parecer que todos mueran antes que rendirse. El fanatismo de la plebe estaba pronto á sepultar la ciudad entre ruinas; pero el prudente Abu-Abdallá rogó á Fernando que apresurase su entrada.

Llegad, por fin, llegad, ilustres vencedores, y pueda ser vuestro ejemplo una lección elocuente para el mundo. Y tú, preciosa joya de Alhama, misterioso baluarte, palacio de ilusiones trazado por mano de Azael; tú, que guardas en nidos de filigrana los suspiros de tus reyes y los quejidos de cien esclavas, disponte á coronar bajo dorados techos á príncipes más poderosos y benignos. Al lado tuyo escribirá Carlos V el prólogo de su sublime pensamiento, y no acabará la obra, para poder confundir con la sola majestad severa de sus bases todo el embeleso de tu mágica estructura. El reino de Granada que había visto en su seno á Habuz-Aben-Habuz congregando sus primeros moradores en la cresta de las montañas; que al desplomarse el de Córdoba, se había levantado como ilusión peregrina que acariciaba todavía las esperanzas de Ismael; que extinguida la dinastía de Zeir, ve ocupar el trono á Mohammed Alhama, padre de los nazaritas, y que en tiempo de Bulhaxix y de sus diez inmediatos sucesores toca á su mayor prosperidad y crecimiento, ya no existe. Un paso más, y vereis sus miserables reliquias destruidas por las armas de Felipe. Mientras tanto, séanos permitido divisar desde los muros de la Alhambra á Cisneros en

Oran, á Gonzalo en Nápoles, á Cortés en Méjico, y al infortunado Boabdil pasando otra vez el mar que lame las orillas del África, y llevando consigo los restos de la obstinacion y el fanatismo.

Las conquistas de la religion no son estériles para el órden social y político. El mahometismo no dejó de comprender esta verdad, y fundó sobre el principio religioso todo el código de las leyes, vinculando á él, por consecuencia inmediata, el secreto de su progreso. ¿Veis al guerrero enardecido en el combate? ¿contemplais al sábio escudriñando los resortes de la naturaleza, y combinando las fuerzas de sus diversos elementos? Pues creed que su corazon presiente ya las dulzuras del Edem; que llegan á sus oidos los ecos armoniosos del canto de Israfil, y que las hojas de oro de los árboles, movidas por el suave viente que sale del trono mismo de Alá, resuenan dentro de su pecho, impulsándolo en busca de aquel inmenso deleite. Solo el cristianismo reveló con pureza á los hombres el móvil de la actividad. Los hizo firmes y aguerridos, estudiosos y sábios, para conquistar el reino mismo del Salvador. Así la religion sirvió á la historia, disponiendo y consagrando las mas atrevidas creaciones, dirigiendo los acontecimientos, por la luz que prestó á la inteligencia, y las esperanzas que grabó en el espíritu.

El acrecentamiento de nuestro poder político fué el primer efecto de la toma de Granada. En ella se ha creado la unidad de la nacion española; y sobre los distintos reinos en que antes se hallaba dividida, imperará de hoy más un solo cetro, una corona. La expulsion de los judíos, tan calumniada por la escuela positivista, afianzó el espíritu nacional, y preservó las creencias: esta es su mayor apología. Los intereses del metal valen, Señores, muy poco para los pueblos en el dia de su entusiasmo y de su libertad. En esos críticos momentos por que atraviesan las naciones, la riqueza es la fe, el progreso es la fraternidad, la gloria es la independencia; y estas no pueden buscarse donde faltan los mismos sentimientos, la misma religion, la misma historia.

El coloso español, formado en la escuela de los siglos, y ama-

mantado á los pechos de la desgracia, ha medido con sus brazos la tierra comprendida entre dos mares, la ha pesado en la balanza de su pensamiento, le ha parecido teatro indigno de sus glorias; y desafiando las mares ondulosas de Occidente, se lanza en busca de ignotas playas. En ellas ha plantado una Cruz, y ha vuelto á su patrio suelo para traer á Isabel el premio del heroísmo. Enardecido con tamaño triunfo, emprenderá segunda expedicion desde el mar que besa el muro de la culta Cádiz. El sol ya no se pone en los dominios del Ibero. Parece, Excmos. Sres., que setecientos setenta y cuatro años de nunca interrumpida guerra no habian hecho mas que ejercitar de una manera prodigiosa las fuerzas del leon Hispano, para ostentar á la faz del mundo entero el poder mas formidable y el trono mas majestuoso. Muy presto llega el dia en que tiembla el universo ante la imágen de Carlos V. La Europa fijó entonces su vista en España, y en el cuadrante de esta Península se marcaban las horas para el gobierno del mundo. Nuestra lengua fué el idioma de la diplomacia, nuestro ropaje vistió al francés y al moscovita, y nuestra noble altivez fué el bello ideal de los talentos.

Traed, traed de los jardines de Pafos coronas de laurel y mirto. Ceñid con ellas á los inspirados vates, que despertándose al sonido de tan heróica conquista, lucieron las galas del ingenio y desnudaron de su antigua forma nuestro rico y armonioso lenguaje. La reputacion literaria de los árabes habia sido tal, que los califas de Egipto, queriendo ordenar su biblioteca, llamaban á los sábios de España (17). No creais que se han eclipsado estas glorias. Decid mas bien que se han hecho cristianas. En Isabel «comenzó la gloria y monarquía de España; ella crió como á sus pechos el valor de las armas, la entrada de las buenas letras y la firmeza de la religion cristiana» (18). Así como el siglo de Pericles sucedió en Grecia á la campaña contra los persas, y el de Augusto fué una consecuencia de la sujecion del orbe entero, y el de Boileau, Corneille y Lafontaine fué el siglo del poderoso Luis XIV, así tambien el punto culminante en la historia de las letras españolas es la toma de Granada, que

afianza y robustece el poder de nuestra Península (19). Conquistado el último baluarte de los moros, debió desplegar más fácilmente sus atrevidas alas el genio. Ya resuenan en los bosques los lamentos de Salicio, y elevanse al altura los cantos inmortales de Herrera. Pasaron nuestras letras los Pirineos y los Alpes, y en el torrente de la elocuencia española y de la encantadora poesía que nació en la vega granadina se empaparon los maestros del saber y los gigantes de la ciencia.

Señalar con más precisión el triunfo de la patria, ordenado por la Providencia en esta gran conquista, sería trazar la historia universal de nuestros acontecimientos. Vuela el tiempo, y no es posible dar nuevo ensanche al discurso. Deteneos en la marcha de los sucesos, y venid á estas heladas tumbas que guardan entre mármoles el calor para vivificar al mundo. Sobre ellas se cierne el ángel de la inmortalidad, y de su seno se levanta una vision consoladora. Isabel y Fernando no pueden morir nunca: duermen todavía, velando con su reposo los destinos de España. El delirio les ha representado alguna vez el peligro de nuestras instituciones, la actitud amenazadora de la revolución, el anatema lanzado por bocas impías contra la moral y el dogma; pero disipado este sueño, que nunca puede realizarse entre nobles castellanos, ellos vuelven á dormir tranquilamente en el palacio de la fe, sobre el lecho que labraron sus manos, y España sigue su carrera, augurando días felices y épocas de mayor gloria.

Y todos aquellos hechos toscamente bosquejados ¿qué demuestran? ¿podrán explicarse sin la acción poderosa de la idea cristiana? ¿dejarán de atestiguar el gran poder social de Jesucristo? El catolicismo prepara y dirige todos los progresos: en él reconocen estos su fin último, su único y grandioso motivo. Él hizo florecer las letras, fomentar las ciencias, estimular todo género de adelantos; y no busqueis la causa de este progresivo desarrollo, como no sea en la unidad de la fe, que creó necesariamente la unidad de ideas, base de todo sistema, piedra angular del gran edificio de la civilización y del palacio hermoso de la cultura.

Ved aquí el inmenso poder social del Salvador, que viene cual preciso corolario de su poder religioso: ved el principado magnífico, que se simboliza en la conquista de los pueblos y en el desenvolvimiento natural de los gérmenes que contienen su vida. Ved aquí, Excmos. Sres., un poder universal, absoluto, perfecto, inmutable y necesario; inefable en su divino origen, inmensamente grande en sus manifestaciones, benéfico en sus resultados. ¡Ah! Cuánto goza mi alma en repetir esta frase, *Jesucristo es Príncipe!* y desde el día mismo de su virtud, en el esplendor de los santos, cuando la generación eterna le daba el dominio del orden religioso, se le juraba también el principado en el social y político:—*Ego primogenitum ponam illum, excelsum præ regibus terræ* (20). Analizando estas ideas, será muy fácil que no veamos en la historia otra cosa que la aplicación sucesiva de tan sublime teoría. ¿No veis cómo los dardos agudísimos que despide la Omnipotencia vienen á herir el corazón de los enemigos de ese Príncipe supremo? *Sagittæ tuæ acutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis* (21). Su silla está puesta por toda la eternidad, y la vara de la dirección es el cetro de su reino:—*Sedes tua in sæculum sæculi, virga directionis virga regni tui* (22). Por esta razón misma los pueblos habrán de confesarle siempre como su libertador y su padre, su príncipe glorioso, su dominador dulcísimo, que al apoderarse de la vida humana en sus diversos órdenes y relaciones, la consagra y santifica, la enaltece y la salva. *Propterea populi confitebuntur tibi in æternum, et in sæculum sæculi* (25).

He concluido, Señores: la conquista de Granada sintetiza con precisión admirable los designios de la Providencia, preparando en todos tiempos el reino de Jesús. Por esa trabazón íntima y necesaria de las ideas con los hechos, la historia sirve á la religión, ofreciendo pueblos, reyes, dinastías, artes, ciencias y adelantos á la fe cristiana; y la religión sirve á la historia, haciendo radicar en su espíritu la base del progreso legítimo y el bien supremo de las naciones. Los anales de nuestra patria, en el hecho gloriosísimo que celebramos, nos suministran pruebas

irrefragables que la crítica no puede menos de aceptar, poseida de admiración y respeto.

Religion y patria: nombres que llevais al corazón torrentes de sin par dulzura; nombres que grabó en el alma con letras de vivísimo fuego la mano bienhechora del Excelso; llegue el venturoso día en que una misma canción se entone á vuestros triunfos; llegue la época dichosa en que dilatado el poder de Jesucristo, se consoliden para siempre la vida del espíritu y el bienestar de los pueblos. Excmos. Sres., permitidme una sola observación. Los destinos del cristianismo, predominando en la historia, están escritos en el cielo con la luz de los soles y el brillo de las estrellas. La permanencia del firmamento es la eterna profecía de la estabilidad del reino de Jesucristo. Hoy que celebramos una victoria de la fe, séanos lícito volver los ojos al más augusto Monarca, perpétua manifestación de tan hermoso imperio. El Señor juró á David y nunca podrá faltarle: *Semel juravi in sancto meo, si David mentiar*: su semilla permanecerá eternamente; su trono será siempre indestructible; su poder es infinito, y no habrá potencia alguna que alcance á derrocarlo. Sentado en siete colinas, aguarda sereno y con la calma de la inocencia la actitud de su enemigo; pero el resplandor que despidе es como el de la faz tranquila y brillante de la luna, y sus abrasadores rayos inflaman los corazones y alumbran las conciencias: *Thronus ejus sicut sol in conspectu meo, et sicut luna perfecta in æternum*. Respetado ó perseguido, es el fiel testigo de los juicios de Dios sobre los hombres. Su silla de diamantes podrá cambiar de sitio, mas no faltará jamás ni en la opinión del mundo ni en la historia de la humanidad: *In æternum manebit... testis in cælo fidelis* (24). Representando el poder social de Jesucristo, el PONTIFICADO triunfa también del Universo.

En estos críticos instantes adunemos nuestras fuerzas. La religion de Cecilio y el trono de Recaredo exigen ardoroso entusiasmo y singular defensa. Militemos bajo sus banderas, y alcanzaremos gloria inmarcesible. Una religion, y esta exclusiva, porque es la verdadera, la católica: un trono, y este el de la Segunda Isabel, el de los Recaredos, Alfonsos y Fernandos: un

espíritu, y este el de la nacionalidad é independencia, el de la nobleza y la hidalguía, que nuestros padres sembraron con hazañas y regaron con sangre de sus venas. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; ved lo que la religion nos pide, y nuestra historia reclama.

Así lograremos la dicha en el tiempo presente y la gloria eterna en el futuro. — AMEN.

O. S. C. S. R. E.



NOTAS.

- (1) Discurso sobre la Historia Universal.
 - (2) Véanse el geógrafo Abulfeda, el historiador Ebn-Aljathib y otros varios que nos han conservado las mas bellas descripciones.
 - (5) Isai. LII, 2.
 - (4) Psalm. LXXIX, 14.
 - (5) Isai. LIV, 8.
 - (6) Psalm. XXI, 4.
 - (7) Psalm. LXXI, 8.
 - (8) Psalm. II, 8.
 - (9) Isai. LIV, 23.
 - (10) Psalm. XCV, 10, segun se lee en varias versiones.
 - (11) Crónica de los Reyes Católicos.
 - (12) Duque de Frias. (*A la muerte de Felipe II*).
 - (13) Comentarios de Athireddin, Mohammed, Abulabbas, Abusiri y otros innumerables.
 - (14) Hazaña de Hernan Perez del Pulgar.
 - (15) Psalm. XLIV, 5.
 - (16) Historia de España por A. Galiano, t. III. c. 10.
 - (17) Risco. España sagrada, t. XXXI. trat. 67. — Masdeu. España árabe, lib. II. p. 171.
 - (18) Capmany. Teatro Histor. Crit. de la elocuencia española, t. I. p. 199.
 - (19) Tíknor. Histor. de la literat. Españ., t. II. c. 1.
 - (20) Psalm. LXXXVIII, 28.
 - (21) Psalm. XLIV, 7.
 - (22) Ibid., 8.
 - (23) Ibid., 19.
 - (24) Psalm. LXXXVIII, 36, 37, 58.
-